

Carlos Sabat Ercasty

El cielo



CIELO inmortal que el aire transfigura
con los movibles sueños de la Tierra,
tu hermético silencio me enamora.

Detrás de la humedad, detrás del viento,
eres imperturbable y absoluto,
inmensa frente de sagradas cifras.

Con millones de radios te sostienen
los pilares de Dios, el orden puro,
la arquitectura azul de los abismos.

Sueña el hombre —el oído en tus distancias—
que tu virgen verdad es una música,
y tu amor invisible, una armonía.

En donde te ilimitas, insondable,
rarificando el éter misterioso,
eternos dioses concibió el efímero.

Qué delicadamente, por la noche,
las ideas intactas te iluminan
con una luz que ni los astros saben.

Ningún cristal de la pesada Tierra,
ninguna fuente, ningún aire fino,
alcanzan tu celeste transparencia.

Ni el pensamiento diáfano, ni el número
que fertiliza el cálculo del hombre,
tu esencial trascendencia culminaron.

La varia ondulación, no la conoces.
El nacer y el morir, no te ensombrecen.
Inmóvil es tu Ser ante los seres.

Desde tu eternidad viertes el tiempo
en el moviente oleaje de los mundos
que por debajo de tu ley gravitan.

Mas tú superas el porfiado pulso,
la ascensión y el fatal descendimiento,
el triste cambio que el amor promueve.

Tú nunca eres la flor en tu belleza,
ni eres en la verdad la frente humana,
ni el dolor ni el placer tu azul agitan.

Reflejas tu belleza hasta los mundos,
te copian la hermosura cuantos viven,
mas tu acorde infinito nadie logra.

Todo bajo de ti se impurifica,
la misma luz que prestas no es la tuya,
ni hay quien pueda pensar tu pensamiento.

La creación desciende de tus siembras,
trigo de mundos que en el tiempo vario
sólo alimenta el hambre de la muerte.

Todo en mortal escala al Ser penetra
desde tu eternidad inalterable,
sin que te rocen, vanas, las cenizas.

Fluye tu perfección muda energía
como si en tu silencio hubiese oculta
una esperanza viva en tanto estrago.

En mí te encuentro a veces, no en imagen,
y estás en mí al igual que en la simiente
el opulento haz de la palmera.

Ni en cruz, ni en loto, ni en dorado disco,
ni en signo humano ni en relieve vivo,
le fué posible al corazón asirte.

¿A qué nos diste fértiles deseos,
gérmenes que las vidas multiplican,
y amor para los hielos de la muerte?

¿Por qué teje el telar la leve tela
si hay otra mano oculta que desteje
la maravilla frágil de los hilos?

Ni las palabras del fervor, quemándose
en hogueras de sangre bajo el pecho
son a tu amor espiritual reclamo.

Mas hay un modo de sentirte, a veces,
en escalas ocultas extasiados
que es como estar en ti y es ser tú mismo.

Y es como si antes de nacer hubieras
imprimido en troqueles interiores
la ideal fidelidad de tus esencias.

Por esos signos que en mi ser sellaste
busco la identidad en ala y vuelo
y cuando ya no soy tú me recibes.

Ni el llanto dice el éxtasis entonces,
ni hay musicales brisas que lo digan,
ni lo dirá la sombra del silencio.

Todo aquello que está bajo del cielo
calla su signo, fina y enmudece,
ni están la estrella ni la flor, tan altas.

Hay una escala de intangida urdimbre,
hay un escalamiento por la escala,
un remontarse sobre el vano sueño.

Hay un anegamiento y un hallazgo,
una muerte buscada sin la muerte,
un regreso de esencia por la esencia.

Hay un toque sin tacto, un asimiento,
un beber que es beber en uno mismo,
un estar otra vez en el origen.

Existe el despertar en las orillas,
el paso sin el límite del paso,
el vuelo sin el roce de los vuelos.

Existe el beso de la luz humana
con la primera luz nunca nacida,
como si Dios pasase por la frente.

Existe la fusión, el fuego en fuego,
la llama en llama, igual que si la vida
descendiese los viajes de la vida.

Es como memorar la gran memoria
donde las cosas son en su sentido
iguales a la edad en que no eran.

Un estar en la mente sin la forma,
un habitar el ser sin la sustancia.
¡Ser un acorde y no encontrar la música!

Todo en identidad sobre los sueños,
todo sobre el efímero paisaje,
todo sobre los mundos humillados.

Todo sobre fantasmas que antes fueron,
Dios en el Dios y Número en su Número,
suprema esencia en la divina esencia.

El Inefable en ti vibra su copa,
la ideal campana, el templo revelado,
y en círculos de amor baja su música.

Asidos al armónico sonido
se modelan en puras melodías
los orbes y sus ruedas abismales.

Todo está en el acorde y su descenso,
todo fluye pendiente del acorde,
todo del Inefable está pendiente.

Toma el oído, súmelo en la música,
vuela en su vuelo, córrete en la noche,
trepas los montes del ideal sonido.

Extático delira sobre el ala
en tanto que levantas tu alegría
y la difundes como un mar abierto.

Una ola ha de haber con la que llegues,
un instante ha de haber para tu goce,
cuando te pliegues a la Copa mística.

¡Oh identidad recóndita del cielo,
golpe de sed sobre los mundos todos,
verdad sin voz sobre las voces yertas!

¡Oh identidad recóndita del cielo
sobre los pozos grises de la nada
y la cierta ceniza de los astros!

¡Oh identidad recóndita del cielo
sobre la sepulcral noche desierta
que ensanchará el imperio de la muerte!

¡Oh puerto de la nave liberada
sobre la soledad y sobre el polvo
y la calma falaz del movimiento!

Un invisible puente fué tendido.
Un intangido puente fué cruzado.
Un viajero absoluto era el viajero.

La eternidad cubrió pulsos e instantes.
La infinita ilusión no fué encontrada.
Donde voló el amor todo era Uno.

No me busquéis si no buscáis el cielo.
En unidad de amor soy cielo y hombre.
Cielo era el punto místico del alma,
y soy el cielo hasta en mi propia muerte.